

Claudio Magris: la mayor virtud es el sentido del respeto*



ENTREVISTA POR DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

Claudio Magris (Trieste, 1939) es uno de los intelectuales de viejo cuño que quedan en Occidente. Su obra no se detiene ante los límites de géneros, pues sabe nadar entre el relato y el ensayo, la autobiografía y el análisis cultural, pero tal vez lo más importante es que sus piezas son obras doblemente comprometidas: por un lado, Magris sostiene la necesidad de un poder democrático y acotado, una *política con ética* donde lo mismo ciudadanos que gobiernos se encuentren compelidos por reglas de respeto mutuo; por otro lado, Magris apuesta por una *gran literatura*, esa que ve en todas las cosas la posibilidad de un libro. Ambas posturas, la del intelectual público y la del escritor íntimo, guardan un delicado equilibrio. El segundo usa la literatura como una forma de rebelión contra el orden social establecido y siempre está a la búsqueda de utopías que mejoren las condiciones de vida. El primero, en cambio, sabe que esas utopías pueden fallar o ser derrotadas sin por ello sentir que deban dejar de pensarse, sino, por el contrario, corroborando así que son indispensables.

Magris resulta ser un intelectual subversivo, porque destaca la particularidad concreta que tiene cada

individuo para mantener frente a la violencia un abanico de identidades que lo protejan y le otorguen sentido: el ciudadano y el familiar, el votante y el amigo, el eterno desconocido que llegado el momento nos tiende la mano. La obra de Magris enfrenta al individuo con la totalidad; sus personajes representan el hombre común que intenta comprender su mundo aunque con frecuencia no lo logre. Sin embargo, el desamparo, el desencanto –parece decirnos la obra de Magris–, tal vez no sean tan hondos cuando la literatura nos muestra un mundo posible y nos relaciona con unos individuos igualmente desencantados que nos hacen compañía, que se convierten en hermanos a los que hay que cuidar y que a la vez se convierten en cuidadores que nos amparan momentáneamente. El escritor quiere mostrarnos el mundo en su complejidad. El intelectual quiere creer que hay una verdad clara y visible que es posible enunciar. Nunca estamos solos: como ciudadanos, contribuimos a los hechos históricos; como individuos, construimos una historia breve, íntima y efímera. Política y literatura, nos dice Magris, son una manera de saber qué significa ser valientes o viles, capaces o incapaces de ayudar a los demás. Por ello, leer a Magris es un reto, pues

nos confronta para responder por nuestras vilezas y nuestras cobardías, y al hacerlo, de algún modo tenemos derecho a exigir de la política no sólo una reparación por sus propias faltas cometidas, sino también y sobre todo un cambio real y tangible para todos.



Vivimos una época de desencanto, desconfiamos de los partidos políticos y de sus líderes alrededor del mundo. ¿Está usted decepcionado de la política?

Por lo pronto, diría que la política no está para decepcionar o ilusionar, en mi humilde opinión. Son los problemas de todos, y por lo tanto, también los míos, porque la política es la vida de la comunidad, de la *polis*; significa el trabajo, la libertad, la asistencia pública; significa ser curado si uno se enferma. Entonces, se puede estar no tanto desilusionado, sino se puede estar ofendido, enojado por la mala política, pero se puede estar, como estoy yo, muy preocupado por el desinterés hacia la política. Y ese desinterés es completamente absurdo, porque no es desinteresarse por los demás, que es algo muy feo pero que podría ocurrir dentro de una lógica inmoral, sino que es desinteresarse de nosotros mismos porque el mundo es todo una misma realidad. Entonces, si yo no tengo interés por algo que ocurre en un país vecino, sería como si no me interesara en el techo de mi casa, que aunque se encuentre en buen estado gotea. Sería no tanto un inmoral, sino sería un estúpido, porque me llueve en la cabeza. Ése es el problema. Ahora bien, hay algo muy importante en su pregunta, porque existen casos, por ejemplo, de una personalidad literaria relevante que se dedicó a la política y después se declaró desilusionado, como si la política estuviese para darle alegría a su alma noble y sensible de mariposa. No: toda la vida está ahí. Uno puede amar el mecanismo de la política o no estar hecho para la política. Yo fui miembro del Parlamento. Fue muy agotador para mí, porque no estoy hecho para representar; era una actividad en contra de mi forma de ser, que hice como un deber pero con gran infelicidad, como si tuviera que pelear en la guerra para defenderme de una masacre.

A partir de la caída del Muro de Berlín hemos concluido que el sistema democrático es nuestra mejor posibilidad de convivencia social. ¿Lo es en verdad?

Winston Churchill decía que la democracia era el peor sistema... después de todos los demás. Y no era una mera ironía, sino que veía los terribles defectos que tiene la democracia pero sin encontrar nada mejor. Naturalmente, la democracia crea muchísimos problemas. Ahora bien, estoy muy desconcertado, pues la forma tradicional representativa se encuentra en crisis y está siendo poco a poco sustituida, casi *de facto*, por una democracia plebiscitaria donde la relación casi directa entre la multitud y el líder, un líder que –como los caudillos, no quiere ser electo sino amado– no quiere ser un modelo sino decir “yo soy como ustedes”. En esencia, es ese desvío plebiscitario populista lo que yo considero extremadamente peligroso, porque termina por dañar la libertad. Obviamente, la situación es distinta de un país a otro. Sin duda, hoy, en Europa, la situación de Alemania es mucho mejor; la sociedad civil alemana es más fuerte que en Italia u otros países.

Y luego, la democracia implica otros problemas objetivos y no sólo demagógicos. Uno que conozco de primera mano fue durante mi breve experiencia como miembro del Parlamento. Mire, más allá de la crisis política de aquel momento del gobierno italiano, el de Berlusconi, había un problema objetivo, estructural: ¿cómo conciliar la democracia, que es inherentemente control, que es discusión, que es confrontación, con la enorme y creciente complejidad de los problemas y con la velocidad de las transformaciones de la sociedad? Por ejemplo, pongamos que hay un problema por el riesgo de crear un monopolio en un determinado campo de producción. En una democracia eso se discute; están las comisiones donde yo expreso mi opinión y donde el otro expresa su opinión, y se lleva el resultado al parlamento y se analiza. ¡Y mientras eso ocurre quizá la situación ya cambió! ¿Cómo discutir sobre la iluminación de gas si mientras tanto ya llegó la luz eléctrica? Éste es un problema que no tiene que ver con uno u otro partido, con la derecha o con la izquierda. La democracia ciertamente implica problemas, como lo vio

Tocqueville, hace más de un siglo, cuando habló de la democracia de Estados Unidos entendiendo que Estados Unidos es el ejemplo más clásico de democracia, de democracia de masas.

Entonces, ¿es momento de pensar en una nueva utopía o tendremos que vivir permanentemente en el desencanto social?

No. Yo creo que hay que ver si es una buena utopía o una mala utopía, si es un buen desencanto o un mal desencanto. La mala utopía es aquella que cree tener la receta perfecta y absoluta para crear un mundo mejor, el paraíso terrenal, o hasta cree haberlo logrado ya. Y, por otro lado, una buena utopía es aquella que, sabiendo que no tiene ninguna receta definitiva e infalible, está lista para corregirse y cambiar de dirección si aquel camino resulta equivocado, pero lo que no pierde es la idea de cambiar y mejorar el mundo. Esto es, que el mundo no está hecho para ser administrado sino para ser mejorado, para hacerlo más humano. Si queremos usar un lenguaje religioso, diríamos que está para *ser salvado*. Y el desencanto es un mal desencanto cuando se piensa que nada vale la pena, que el mundo es como es, que todo es feo y que no se puede hacer nada. Pero un gran desencanto es aquel que conlleva la capacidad de darse cuenta de que aquella receta que creíamos justa falló y pronto se pone a la búsqueda de otra. Es darse cuenta de que no estaremos jamás en la Tierra Prometida, para usar esa metáfora, es decir, la sociedad perfecta. Así como Moisés sabía que nunca estaría en la Tierra Prometida y sin embargo continuó caminando en búsqueda de ella.

Creo que un desencanto así es un desencanto muy humano, muy justo; es la conciencia de que el encantamiento es también una ilusión pero que *no es sólo una ilusión*. Los niños que juegan a hacer un fuerte de arena saben que no es un fuerte verdadero, pero eso no les quita el sentido de que ese fuerte de arena es algo verdadero y real,preciado y querido. Ése es el sentido del buen desencanto. Hay una comedia popular vienesa bellísima –no recuerdo ahora el título– de fines del siglo XVII, de la época de Mozart más o menos, donde se cuenta que hay un

hada que le da al protagonista una lámpara y le dice: “Con esta lámpara verás siempre cosas maravillosas, cosas bellísimas, pero recuerda que ése es sólo el efecto de la lámpara”. Y eso es muy hermoso, porque el protagonista *ve* cosas bellas pero *sabe* que eso no es verdadero, que las cosas son tristes y con frecuencia dolorosas; y sin embargo, también sabe que es necesario que aun cuando algo deba ser triste y doloroso hay algo en todo ello que se anima a ser bello, que se anima a ser luminoso, como la fea oruga que quiere ser mariposa. Y, entonces, es importante saber que aun en las cosas feas y dolorosas, sabiendo que son feas y dolorosas, ese dolor, ese descorazonamiento no es su única cara, sino que también tienen un rostro potencial. Es saber que posiblemente tenemos una mala partida en un juego de cartas, pero no por ello se pierde el placer de jugar.

En lo que acaba de contarme veo un sentido de lo sagrado. ¿Piensa usted en ese aspecto de la vida?

Ciertamente tengo un sentido profundo de la sacralidad de las cosas, de los gestos, de la figura humana, del cuerpo, del trabajo. Creo que hay *algo* ahí de sagrado, que no tiene que ver con los momentos místicos o las exaltaciones –detesto las exaltaciones–, sino con *algo* que tienen todos los seres humanos, todo lo vivo y aun lo no vivo, y por ello merece respeto. La virtud que más me interesa es justamente *el sentido del respeto*, que es la base y la premisa de todas las demás virtudes. Se puede, en momentos de lucha, golpear a alguien, pero incluso cuando se golpea duramente no se puede hacer a un lado el respeto.

Usted ha recordado en alguno de sus libros que Ludwig Wittgenstein decía que sólo hay dos clases de escritores: los que escriben con la cabeza y los que lo hacen con la mano. ¿Usted a qué género considera que pertenece?

Es muy difícil decirlo, en literatura se pueden tener amores contradictorios. Se puede amar a las mujeres rubias y a las morenas sin tener que elegir entre unas u otras, como dice una famosa y vieja canción italiana. Entonces, esa definición, que no es mía sino justamente de Wittgenstein, me hace recordar a Isaac

Bashevis Singer, quien forma parte de esos autores que escriben con un fuerza instintiva que casi no pasa por la conciencia intelectual, que ha escrito algunos de los cuentos más bellos de la literatura universal casi sin darse cuenta. Yo era amigo de Singer, y una vez le dije: “Creo que yo entiendo sus cuentos mejor que usted. Tal vez se deba a que soy más inteligente, pero usted es un genio”. Y luego están los escritores con una fuerte conciencia intelectual y que saben introducirla dentro de la fantasía, porque sin fantasía, sin sensualidad, sin algo sensual y físico, no hay literatura.

Naturalmente, siento mayor nostalgia por los escritores que escriben con la mano, pues tienen una grandeza envidiable. Yo creo –espero– tener también la mano, pero creo –me temo– pertenecer a los otros. Y esto no es para avergonzarse, desde luego, pero es como cuando uno siente envidia al ver a los niños jugar felices y que no saben que eso es felicidad. Se les envidia...

Usted ha escrito que los griegos –durante la época clásica– sufrieron una crisis como la que los contemporáneos vivimos actualmente, pero que ellos pudieron enfrentarla y resolverla con la invención de la tragedia. ¿El arte también nos rescatará a nosotros?

La comparación fue hecha a propósito de la crisis de identidad, cuando la gran literatura griega respondió de esa manera en su transición del clan, la familia o la estirpe, a la universalidad –aun si ésta es abstracta– de la polis. Y ése es el drama, porque cada vez que en la historia se logra pasar a una forma social mayor, y la polis griega es un estadio superior, de cualquier modo se pierde algo, como cuando un niño se hace hombre. Pero no creo que ahora exista la posibilidad, no digo de resolver, ni siquiera de expresar con una fuerza decisiva por medio del arte esta crisis que vivimos, y no sólo porque no tengamos a Esquilo, a Sófocles, a Eurípides; aun si los tuviéramos, pues de hecho sobre todo en el siglo XX tuvimos grandes escritores, dignos de Esquilo, de Sófocles, no creo que el arte pueda ser una síntesis que exprese esta esencia del mundo contribuyendo, aunque sea indirectamente,

a la vida de la polis, es decir, a la política, como ocurrió cuando Orestes, el matricida, fue absuelto con un solo voto. Ahí ocurrió algo en lo que el arte fue más que arte, porque la tragedia griega no es sólo un gran arte, del mismo modo que la Biblia no es sólo un gran libro literario, que lo es, pero es algo más, algo que funda una civilización, y eso hizo el arte griego. No creo que actualmente el arte, a pesar de tener un lugar muy importante, pueda ser el fundamento de una civilización. Antes lo fue debido a que no había un sentido de la autonomía, de la diversidad, entre los antiguos. La Biblia no fue escrita por razones poéticas, aunque contenga tanta poesía. Ahora no podemos creer que sea posible escribir una Biblia, y no sólo porque no haya nadie como el autor o los autores de la Biblia, pues tenemos grandes, pero las cosas han cambiado.

Ulises es uno de sus personajes preferidos. Hoy que todos somos migrantes, ¿debiera ser nuestro personaje tutelar?

Considerando que la *Odisea* es por excelencia el libro que habla del viaje de la vida y del hecho de que ese viaje tenga o no un sentido, de que viajando a través de la vida se encuentre uno mismo o se pierda, y de que eso se vuelva verdaderamente dramático, como en el caso que usted señala, de multitudes que yo no diría que viajan, me parecería impropio decir *viaje*, pues es una especie de éxodo, de huida, de búsqueda. A pesar de las terribles dificultades que encuentra Ulises –que son, ciertamente, un símbolo eterno, si se quiere, de las dificultades del ser humano en el transcurso de su vida–, siempre hay una condición privilegiada al ser protegido –o incluso perseguido– por los dioses, y de cualquier modo es un protagonista del que se habla en el Olimpo y cuya suerte se sigue. Mientras que, en cambio, las multitudes de gente sin nombre, sin voz, sin rostro, sin destino, que no llegan, que mueren en el mar, que son tratados como esclavos, son héroes, sí, frente a las dificultades de su vida, pero no tienen el estatus heroico. En ese sentido, sería frívolo hacer de Ulises un símbolo de quien se ve obligado a huir y no a viajar.

Tengo la impresión de que en sus libros más recientes la muerte está cada vez más presente.

No creo, honestamente, que tenga que ver con mi envejecimiento. No lo creo. Indirectamente, puede tener que ver con ciertas pérdidas, por haber visto morir a ciertas personas que formaban parte de mí, como mi propio brazo. Puede ser eso. Puede ser también que haya un sentido de pérdida e incertidumbre, no doliente o débil sino de perplejidad frente a la vida y su transcurrir. Puede ser eso... Hay una frase muy bella de Ivo Andrić, escritor serbio yugoslavo, cuando dice que llega el momento en el cual más que mirar las cosas se mira la sombra que dejan las

cosas. Es eso. Pero no creo que tenga que ver sólo con la edad. Leopardi, siendo muy joven, miraba la sombra. Aunque sí tiene que ver indirectamente con el tiempo, pues la acumulación de experiencia, bella o desagradable, hace que crezca la complejidad y, por ello, la dificultad para comprender. Así, podríamos decir que, conforme crezco, tengo la impresión de entender cada vez menos. ●

* Entrevista realizada durante la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, cuando Magris recibió el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2014.



Fotografía: Solen Feyissa